

“Dios tenía miedo” o de la conformación de la identidad actual salvadoreña

VANESSA NÚÑEZ HANDAL*

El Salvador, un país pequeño y pobre, situado en el corazón de Centroamérica, se vio sumido durante los años ochenta en una guerra sin enemigo.

Las partes y los muertos eran salvadoreños en su totalidad.

Las armas y el dinero eran puestas por potencias extranjeras, así como los motivos ideológicos.

Pero, mientras los bandos se disputaron el país y las “catorce familias”¹ terratenientes lo abandonaron en desbandada rumbo a Miami, el resto de la población luchó por sobrellevar, llenos de miedo y angustia, una situación que no entendía y en la que no tenía nada que ganar.

Hubo entonces que inventarse un país, una razón y, sobre todo, un enemigo común para seguir viviendo. Se creó así una locura colectiva que duró más de doce años y que, aún ahora, genera una extrema polarización en la sociedad salvadoreña.

Los Acuerdos de Paz, firmados en 1992, se perfilaron en su momento como la gran oportunidad para revertir la historia de desigualdad e injusticia social en El Salvador. Sin embargo, fueron incumplidos por el gobierno. Y, tras setenta y cinco mil muertos y miles de desaparecidos, dicho país pretende vivir como si no hubiera ocurrido nada y como si, la pesadilla de la que llevó tanto despertar, no hubiera sido más que eso.

“Dios tenía miedo” es un intento por decir lo que, en mi opinión, no había sido dicho hasta ahora respecto del conflicto armado salvadoreño: cómo vivieron la guerra aquellos que no tuvieron nada que ver en la misma, pero que acabaron siendo cómplices al optar por la postura del más fuerte, a fin de evitar quedar inmersos en una escalada de violencia que, a la fecha, aún sigue azotando al pueblo salvadoreño.

Presento pues, a continuación, los capítulos iniciales de mi segunda novela, “Dios tenía miedo”, la cual fue publicada bajo el sello de F&G Editores de Guatemala y presentada en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, 2011.

* Abogada, posee una maestría en ciencia política y una maestría en literatura hispanoamericana. Actualmente se desempeña como tallerista de escritura creativa y catedrática en las universidades del Valle de Guatemala y Rafael Landívar.

¹ Luego de que Centroamérica se independizara de España en 1821, los descendientes de las familias criollas se hicieron con el poder político, económico y social. En El Salvador estos grupos familiares fueron denominados como “las catorce familias”, cuyo número no era exactamente tal. Sin embargo, aún hoy día se utiliza este término para hacer referencia a la oligarquía salvadoreña que, casi doscientos años después, sigue gobernando de forma autoritaria al país.

“DIOS TENÍA MIEDO”

Éstos son mis recuerdos.

Disparan y es de noche. Los helicópteros desprenden sus misiles con una detonación que hace pensar en un abismo en el cielo.

Mamá y papá permanecen callados. No hay luces en casa ni en diez cuerdas a la redonda. La french poodle ladra histérica. Igual que a nosotros, la ha despertado el estremecimiento de las paredes.

El sonido se incrementa. Algo se estrella contra el techo. Me oculto bajo la cama. Sé que si una bomba nos abatiera, no quedaría nada. Sigue el silencio.

La noche se paraliza sobre nuestra casa.

El monstruo se desplaza como una araña negra en el cielo. Su estruendo se convierte en eco. Se ha alejado a sembrar miedo y luces de bengala en otra parte.

II

Debemos entender como un milagro que Pablo haya incorporado a su pensamiento la enseñanza que nuestro Señor Jesucristo le ofrecía...

—¿Qué pasaría si los helicópteros se equivocaran y dispararan sobre nuestra casa? —pregunto a papá en un susurro.

—No pienses en eso —responde incómodo—. Los soldados saben diferenciar entre los subversivos y la gente decente.

Por eso a los cristianos de corazón nos molesta que tergiversen los Evangelios con fines políticos...

—¿Y si pasara?

—Pédile a Dios que no sea así.

—¿Por qué estamos en guerra?

—Porque hay intereses divididos.

—¿Eso qué significa?

—Guarda silencio y poné atención —dice por fin, molesto.

Me aburre la misa, digo en voz baja. Miro a todas partes. El rostro sereno de la gente a nuestro alrededor me da miedo. Papá dice que no existe el infierno.

III

Saco una revista de la repisa. En dieciséis años la he ojeado dos veces. Veo en sus páginas amarillentas cosas que me causan desasosiego.

En la portada, una niña de cabello negro y ojos intensos sostiene una paloma entre las manos. El animal intenta alzar el vuelo. La niña parece asustada. Sus noches y sus miedos deben de ser también los míos.

IV

Aunque las bombas y los balazos se habían escuchado la mayor parte de la noche, papá pensó que se trataba de algo sin importancia.

A la mañana siguiente, cuando me llevaba al colegio en su auto, decidió pasar por la avenida que corría paralela a la nuestra. Papá no tuvo tiempo de girar. Sólo alcanzó a decir que debía taparme los ojos. No logró identificar a simple vista que aquello que colgaba de las copas de los árboles que bordeaban la ancha avenida de doble vía, eran pedazos de cuerpos. Y yo, sentada en el asiento trasero, no pude dejar de ver aquel horror, que fue mi primer enfrentamiento con los años de pavor que habríamos de vivir durante la década siguiente.

Papá condujo hasta el colegio en silencio. Yo no me atreví a preguntar si debía sentir pena por los muertos que la guardia, según escuché luego en la radio, recogió con palas y bolsas plásticas, a fin de evitar una hedentina en una de las principales calles de nuestra ciudad capital.

V

Nunca entendí cuándo ni cómo comenzó la guerra. Según recuerdo siempre estuvo ahí.

Crecimos con bombas y balazos, con miedo y con precauciones, con silencio y volteando la mirada para que ni los soldados ni los guerrilleros, fueran a creer que estábamos en su contra.

Nos acostumbramos a no pensar, a no hablar en voz alta, a obviar la política y a mantenernos alejados del conflicto. ¿Pero qué tanto podía obviarse la realidad en un país donde las imágenes de la guerra nos bombardeaban día y noche?

Fuimos condenados a vivir el miedo en silencio. Un silencio en el que colocamos los rostros, los muertos destrozados, las manos mutiladas, las orejas rebanadas, los cuerpos desollados, los recuerdos, en estantes donde acumulaban polvo y años, con la esperanza de entrar un día a esa bodega macabra y que ya no estuvieran ahí.

Sin embargo, aún ahora, cada vez que escucho noticias de guerras lejanas, las puertas de la memoria se abren silenciosas y desfilan frente a mí los horrores que, hasta hoy, llevo grabados en los murmullos del alma.

Fue quizá el miedo a la muerte o la desaparición de Edgardo, lo que me hizo preguntar por qué. ¿Por qué nosotros, los que decíamos creer en la justicia y en los valores cristianos, nos quedamos callados ante tanta abominación?

VI

Fue una guerra moderna, ya no de palos, hondillas y pedazos de corvo. La de los ochenta era una guerra de tanquetas y armas automáticas. Los bandos no tenían necesidad ni de mirarse a los ojos. Pero el daño venía de antes, desde el último levantamiento indígena a principios de los treinta –dice el hombre, cuyo rostro moreno está marcado por surcos profundos provocados por el sol–, cuando miles de cuerpos fueron arrojados en zanjas como bagazo de caña –continúa–. Estaban escondidos debajo de la tierra, entre los cafetales. Habían abierto hoyos, colocado tablas. Ahí se metieron.

A nosotros, a los que no éramos comunistas, nos recogieron para que saliéramos a buscar a los que sí lo eran. A que descubriéramos dónde se habían ocultado. Puyábamos con el corvo, y ahí iban saliendo. Había que llevarlos a Izalco. Ellos sabían lo que harían con ellos.

Nunca se supo con certeza cuántos fueron, pero el general José Tomás Regalado reportó cuatro mil ochocientos al almirante Smith y al comandante Brandeur, quienes, enviados para proteger la inversión extranjera, esperaron anclados en el Puerto de Acajutla la orden de desembarco.

Los sacaron de sus casas uno por uno. Los iban matando por los caminos. Iban heridos, golpeados o hambrientos. Ahí mismo abrían zanjas o dejaban los cuerpos pudriéndose al sol. Luego los cerdos les arrancaron la carne. Sólo entonces intervino el gobierno. No quería que una epidemia afectara a la economía.

Comenzaron a las cuatro de la tarde de un jueves. La junta de los que tenían mucho los condenó. Dijeron que iban a matarlos a todos. Y eso sí lo lograron. Hubo gente que se quedó sin familia.

“Ama, Feliciano. Originario de Izalco, departamento de Sonsonate. De cuarenta y un años de edad. Jornalero. Matrimoniado con Josefa Shupan. Yerno de Patricio Shupan, cacique pipil de Izalco. Católico, dirigente de la cofradía del Espíritu Santo. Pelo corto, bigote y barba. Detenido por revoltoso y asesino. Condenado por ‘bolchevique’ a ser linchado y a morir por ahorcamiento.”

Demandaba la devolución de las tierras comunales. Los comunistas que habían venido de la capital le habían hecho creer, que era posible quitar a los

ricos lo que siempre había sido de ellos. Como si no hubiera sido así desde siempre.

"Organizó a cientos e invadió Sonsonate con alevosía, premeditación y ventaja. Se aprovechó del cobijo de la noche. Mató a machetazos al señor Alcalde. Reventó las puertas de los almacenes para robar. Sacó de sus casas a la gente honrada y honesta para injuriarlas."

Por eso tuvo que ocultarse cerquita de Izalco. Los blancos y los ladinos le pidieron al comandante Cabrera —que odiaba a los indios porque decía que eran remilgados y huevones— que lo aprehendiera con los perros para hacerle los horrores que le hicieron. La guarnición de Izalco le echó mano en los alrededores del pueblo. Feliciano gritaba: ¡Qué vivan los indios! ¡Esa tierra es nuestra! No alcanzó a llegar a la Alcaldía. Lo mató la turba de ladinos a la que lo entregaron. Fue su cuerpo lo que los blancos, los que aún odian a los indios, exhibieron colgado de un palo de ceiba frente a la Casa de la Asunción —dice el hombre cuyos ojos se han opacado con una tristeza profunda—. Después de eso todavía siguieron matando como tres semanas más. Sólo en Nahuizalco, el mero viernes trece, las tropas de Sonsonate fusilaron a trescientos ochenta y ocho indígenas que querían que el Señor Alcalde les entregara un documento de identidad donde certificara, precisamente, que no eran comunistas. Fue difícil aguantar el tufo de aquel montón de muertos mal enterrados. De ahí surgieron enfermedades y pestes para los que sobrevivimos.

Fue así como nosotros aprendimos el miedo. Se nos grabó en la conciencia. Lo hicimos nuestro. Nuestros hijos lo mamaron y crecieron con él. Fue nuestro legado, nuestra herencia patriótica, nuestra marca de sangre. Ha sido parte de nuestra enseñanza. Ha marcado nuestro inconsciente y nos ha formado en carne y alma.

Ser salvadoreño —dice el hombre, cuya vista ahora se clava en el suelo— es llevar la cicatriz del miedo grabada en la frente. ¡Hagamos patria!

El Salvador —agrega— no es más que un país imaginado, nunca visto en realidad. Otros lo han creado, borrado, destruido y vuelto a hacer sobre nuestra piel de rasgos mestizos, que, hasta el día de hoy, a muchos les da vergüenza.

VII

Pelucas y laca, anteojos gruesos, corbatas delgadas, boinas ibéricas, trajes negros y calcetines blancos.

Eran los destinados a cambiar al mundo, a su gremio, al país y a la historia en los años setenta.

Pcs, Fpl, Andes "21 de Junio", Mnr, Uno, Erp, Prs, Rn, Farn, Prtc, Utc, Fapu, Feccas, Bpr, Fuersa, Fmln, Aed, Ardes, Mrc, Omr, Mers, Ur-19, Ageus, Fsr, Upt, Fur-30, Lp-28, Lps-28, Lpu-28, Lpc-28, Lpo-28, Mlp, Ll, Btc, Ftc, Asmusa, Fau, Aes, Fuss, Cuts. Letras que se perdieron en los gritos de puñaladas y suicidios en casas de seguridad en el extranjero.

¡Alto a las masacres contra estudiantes!

Grafitis en el centro, bloques que fueron construyendo paredes, que fueron muros, que fueron tumbas.

"Todo salvadoreño debe conocer a sus enemigos. El terrorista utiliza diversas medidas que lo delatan. ¡Identifícalo!

Ciudadano honrado: Enmárcate en la Ley, no temas. Colabora con los garantes del orden. Ellos cumplen su deber. Nuestro país debe regresar a la normalidad. Colabora con las autoridades."

Carlos Humberto Romero, ¡Presidente!

Sonrisas confiadas, manos alzadas, un gane garantizado.

28 de febrero de 1977.

Que la UNO y los demócratas cristianos se vayan al carajo. Comunistas de mierda disfrazados de oposición.

¡Solidaridad con las luchas heroicas del pueblo!

Vehículos y negocios quemados por las turbas.

El cadáver del Ministro de Relaciones Exteriores, Mauricio Alfredo Borgonovo Pohl, fue encontrado el día once de mayo, luego de haber sido secuestrado por las FPL. Dicha organización hizo caso omiso a los llamamientos hechos por la ONU, el Papa Paulo VI, diversos sectores de la sociedad y su familia, a fin de que fuera liberado con vida. El Arzobispo de San Salvador, Oscar Arnulfo Romero, ofició una misa de cuerpo presente, durante la cual manifestó que, para que el alma del Ingeniero Borgonovo Pohl pudiera descansar en paz, era necesario no responder a su muerte con violencia, sino con resignación, amor y bondad.

“Debido al desquiciamiento del orden constitucional fue necesario decretar el estado de sitio hasta que las circunstancias políticas se normalicen.”

Les vamos a enseñar que aquí no se tolerarán las ideas extrañas.

“Personeros de las instituciones gubernamentales manifiestan haber detectado que en los últimos tiempos muchos jóvenes estudiantes con algunas inquietudes humanitarias y con escasa orientación política, han sido presa fácil de los dirigentes de agrupaciones clandestinas, los mismos que, al detectar su inocencia, los hacen objeto de engaños, haciéndoles creer que sus causas son justas y que la juventud es la llamada a la lucha.”

Y que les quede claro a los Estados Unidos y al ingeniero James Carter, que no toleraremos el irrespeto a nuestra soberanía nacional ni sus condicionamientos de ayuda a temas humanitarios. Aquí no hay violación a los derechos humanos, porque éstos son simples delincuentes comunes.

¡Exigimos reformas estructurales! ¡No a la tenencia de la tierra en pocas manos! ¡No a los fraudes electorales! ¡No al PCN!

¡El pueblo, unido, jamás será vencido!

“Y el año de mil novecientos setenta y nueve, que en pocos días concluirá, nos dejó incendios por doquier. Terroristas con fachada de patriotas. El misterio de las cárceles y los cementerios guerrilleros. Una junta que, luego de dieciséis cuartelazos, hoy nos quiere convencer que es revolucionaria. Árabes y palestinos metidos en asuntos nacionales. Bombazos en medios de comunicación y casas particulares. Secuestrados y desaparecidos a diestra y siniestra. Si los muertos tan sólo hablaran.”

VIII

Pasó en su automóvil nuevo, recién sacado de la agencia, rumbo a su también recién estrenada oficina, en el cuarto piso de un edificio, desde el cual podía ver gran parte del Centro de la capital.

Había vuelto a esta ciudad sucia y desordenada, para retomar el negocio familiar. Sin embargo, la comercialización del café no era algo que le encantara especialmente. Dependía demasiado de los cambios en el extranjero y de la voluntad de los gringos, a quienes dejó de tener admiración desde que Carter llegó a la presidencia.

Sin embargo, por una u otra razón, siempre estuvo vinculado con ellos. Desde que siendo un bebé de meses, su familia materna emigró a aquella nación de contradicciones. Ahí vivió el inicio de la guerra fría, la persecución de los comunistas por McCarthy, la llegada del hombre a la Luna, el asesinato de Kennedy y la revolución cubana. También ahí adquirió el vicio de fumar cigarrillos mentolados y de beber *whisky on the rocks*, en lugar de las bebidas aguardentosas que se bebían en El Salvador y que mezclaban siempre con coca-cola y hielo de dudosa pureza.

Solía retornar al país durante los spring breaks del colegio militar, y siem-

pre se encontraba con una gruya de primos y tíos, que lo hacían volver con nostalgia a la soledad del internado. Quizá fue por ello que, en cuanto pudo, y pese a los ruegos de su madre, decidió instalarse en El Salvador. Fue entonces cuando su madre decidió hablarle de "el incidente", como ella lo llamó. Así se enteró que su padre, administrador de una finca de café en Santa Ana, había muerto durante la sublevación comunista de los años treinta, a manos de una peonada rabiosa por los malos salarios pagados, quienes, luego de torturarlo, lo mataron a machetazos en la calle.

La aglomeración le obligó a detener la marcha del auto. Cuando la turba lo rodeó, para luego seguir de largo, sintió miedo. Luego ira. Pancartas con consignas comunistas eran portadas por la multitud, cuyos rostros iban cubiertos con lentes oscuros y pañoletas rojas marcadas con las siglas FMLN.

Su mujer le sugirió que lo mejor sería que dejara de ir a la oficina por un tiempo. Al menos en lo que la situación se calmaba. Pero el desorden siguió creciendo y el ejército permaneció acuartelado. De conversaciones con amigos concluyó que, pese a la gravedad de la situación en El Salvador, no había autoridad a la cual acudir ni nada por hacer. El país, tal como él lo veía, se estaba viniendo abajo. Sintió miedo de perder todo aquello que, con trabajo y esfuerzo, había logrado desde su regreso. Pronto, aquel miedo que él jamás creyó posible sentir, se convirtió en odio. Odio que era compartido en sus círculos más cercanos. Sus excompañeros de colegio, sus amigos del club de tenis, su cuñado, sus suegros y demás personas ligadas al círculo empresarial.

Fue su cuñado quien le habló de un grupo organizado en La Escalón, compuesto por médicos, abogados y hasta oficiales del ejército, que se reunía los martes por la tarde, y en el que era posible ser admitido si se llevaba la recomendación adecuada.

Al poco tiempo, él y dos primos suyos fueron admitidos. Obtuvieron armas, chalecos antibalas, ametralladoras Ingram, gorros pasamontañas, silenciadores, entrenamiento en el manejo de explosivos y directrices de cómo y contra quién actuar. *Ejército secreto anticomunista, Gremio Anticomunista Salvadoreño, Brigada Anticomunista Maximiliano Hernández Martínez, Comando Metropolitano, Escuadrón de la muerte, los squash.*

Sus primeras misiones fueron ataques a la radio católica y a periódicos de oposición. Había noches en que colocaban hasta una decena de bombas en San Salvador. Todo ello como advertencia para que la gente no se anduviera metiendo en política. Y aunque nunca supo si alguien había muerto por su culpa, tampoco le importó. Se mirara como se mirara, se lo merecían, pensaba.

Diferente era cazar a un comunista, del cual se tenía información específica y se sabía con certeza que era un subversivo. De haber sido al revés, estaba seguro de que esos sediciosos hijos de puta, no se habrían tentado el corazón para matarlo. Eso lo tranquilizaba y lo dejaba a gusto con su trabajo. Había que combatir el terror con terror. Organizarse igual que la guerrilla. Usar sus métodos. Hacerles una guerra no convencional, basada en el combate por asesinato.

De esta forma, una idea no alineada, un planteamiento en contra del régimen, una amistad sospechosa bastaba para considerar, hasta al más cercano, un enemigo. De ahí hasta su desaparición o muerte, era cuestión de días, a veces horas.

Los cadáveres eran lanzados en las orillas de las carreteras, donde pudieran ser vistos, y sirvieran de escarmiento a todo el que tuviera la intención de involucrarse con los subversivos. Aunque siempre era más fácil eliminarlos de un tiro en la nuca. Fue alguno de los militares, pero ahora no puede recordar quién, el que propuso decapitar los cuerpos, disolverlos en ácido o quitarles la piel. Así, el efecto sería aún mayor.

Tiempo después, sin embargo, los gringos, que otrora les habían ofrecido entrenamiento y asesoría militar, comenzaron a plantear una serie de inconvenientes relacionados con los derechos humanos, a fin de seguir brindando ayuda económica y militar. No entendían que las acciones que estaban llevando a cabo iban dirigidas a preservar los mismos valores liberales en los que ellos creían. La libertad, el desarrollo, los derechos individuales, la democracia. Todo eso había que defenderlo a toda costa. *Azul por Dios, blanco por la patria y rojo por la sangre que ha de derramarse para preservar la libertad.* Ellos apoyaban la política republicana. Casi todos habían sido moldeados en las universidades gringas. Hablaban perfecto inglés y gustaban de la vida y del sueño americano. Y si en Estados Unidos hubiera habido terroristas que dinamitaran puentes, pensaba, segurito que los gringos habrían actuado de la misma forma.

Claro que la prensa internacional, en la que con toda certeza tenían influencia los comunistas, se encargaba de distorsionar sus actos, calificándolos de fascistas, ultraderecha, escuadroneros, terroristas, asesinos y hasta de neonazis.

Estacionó su auto en el sótano. Subió las gradas hasta el cuarto piso. Un poco de ejercicio nunca estaría mal, se dijo. Entró en su oficina. Saludó a su secretaria que, a estas alturas, había preparado una extensa agenda para él. Encendió un cigarrillo mentolado, y no bien había acabado de soltar la primera bocanada, una explosión hizo tronar el edificio adyacente. Desde su ventana pudo ver a cuatro jóvenes de cabellos largos, jeans y zapatos tenis, a punto de cruzar la esquina. Sin soltar el cigarrillo, tomó su arma y, como quien afina su puntería en una feria, disparó.

IX

—Cuerpo de Cristo, santifícame. Sangre de Cristo, embriégame. Agua del costado de Cristo, lávame. Y esa es la tercera vez que Jesús, que por amor sufrió por salvarnos del pecado cae bajo el peso de la cruz —dijo la minúscula mujer de uniforme pulcro, a la que no parecía importarle si Jimena y yo la escuchábamos, ya que se complacía en recitar frente a cada una de las estaciones los martirios que Jesús había sufrido y que Jimena, próxima a hacer su primera comunión, intentaba apuntar sin éxito. Aproveché que la anciana se había distraído, para susurrarle que debíamos marcharnos.

Kriete-Ávila, Poma-Kriete, Escobar-Kriete, Baldochi-Kriete, Aguilar-Meardi, Pinto-Lima, Quiñónez-Ávila, Meardi-Palomo, González-Ávila, Ávila-Meardi, Aguilar-Ávila, Guirola-Méndez, Ávila-Ávila, Méndez-Meardi, Weyler-Meardi, Heimans-Meardi, Borgonovo-Cristiani y demás familia, le invitan a la Santa Misa que oficiará el Señor Arzobispo de San Salvador, en la Iglesia del Hospital de la Divina Providencia (Colonia Miramonte Poniente, Calle Toluca y Pasaje "B") a las dieciocho horas de este día. San Salvador, veinticuatro de marzo de mil novecientos ochenta.

El calor, que en aquella época del año era insoportable, no se dejaba sentir dentro de la capilla de vigas blancas y geométricas, a la que, a pesar de estar cercana a nuestra casa, no asistíamos a misa, porque papá decía que las monjas, a cuyo cargo se encontraba, eran comunistas.

Jimena se excusó diciendo que volvería después de las vacaciones de Semana Santa, a lo que la hermana respondió asintiendo con la cabeza. Hicimos el intento de salir por la puerta principal, pero la monja nos detuvo. Dijo que los asistentes al oficio estaban por entrar, por lo que sería mejor salir por la sacristía, a la que se accedía por una estrecha puerta tras el minúsculo altar, sobre el cual se ubicaba un Cristo crucificado de tamaño natural.

La mujer golpeó la portezuela de metal. Una voz aguda nos hizo pasar. *Quisiera hacer un llamamiento especial a los hombres del ejército.*

Lo vi de espaldas. No era alto, sino más bien recio de cara y fornido de cuerpo.
Hermanos, son de nuestro mismo pueblo.

Me pareció que bordeaba los sesenta años, por las canas de las sienes y el aspecto de hombre grave.

Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios.

Luego me enteré por los periódicos, que tenía sesenta y dos.

Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla.

Se colocó un sombrero que le dio un aspecto papal.

...de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre.

Volteó a mirarnos. Sonrió.

Han venido a que les hable del vía crucis, explicó la monja. Está próxima a hacer su primera comunión, afirmó colocando su mano sobre el hombro de Jimena.

Lo saludamos. Jimena le besó el anillo. Agradecemos a la hermana y Jimena prometió volver. Salimos sin prisa, sintiendo que el aire de la calle se respiraba más a gusto. En los árboles que bordeaban el camino adoquinado, decenas de chicharras serruchaban el aire con su voz.

X

Temiendo una victoria como la que los sandinistas obtuvieron en mil novecientos setenta y nueve en Nicaragua, Estados Unidos ha decidido dar apoyo en dinero, pertrechos de guerra, asesoría miliar y equipo de guerra a El Salvador, una pequeña nación situada en el corazón del istmo centroamericano.

XI

San Salvador era una ciudad pequeña, y sin embargo, no era mucho lo que yo conocía de ella. El Paseo General Escalón, la Zona Rosa, Metrocentro, la San Benito, El Salvador del Mundo, la Plaza Alegre.

Nunca íbamos al Centro. Mamá decía que era peligroso. Había sido ahí en donde habían comenzado los bochinchos y se hacían todas las manifestaciones. Fue también ahí donde acribillaron a los que asistieron al funeral de Monseñor Romero.

—¿Quién los manda a andar de revoltosos? —dijo papá, ante las imágenes de los cientos de zapatos abandonados en la Plaza Barrios—. Y también al cura. ¿Quién lo manda a andar metido en cosas raras? En lugar de hablar de Dios en la homilía y aconsejar a la gente para que fuera trabajadora, los exhortaba a ser subversivos. ¿Cómo no iban a matarlo? —agregó—.

Luego mamá repitió sus palabras, cuando mataron a los jesuitas, casi una década más tarde.

El que juega con fuego, acaba siempre por quemarse.